



ERIC HOBSBAWM

ENTREVISTA SOBRE  
EL SIGLO XXI

AL CUIDADO  
DE ANTONIO POLITO



LIBROS *de* HISTORIA

ERIC HOBSBAWM

ENTREVISTA  
SOBRE EL SIGLO XXI



Traducción castellana de  
Gonzalo Pontón

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: 2000  
Primera edición en esta nueva presentación: abril de 2016

*Entrevista sobre el siglo XXI*  
*Al cuidado de Antonio Pulito*  
Eric J. Hobsbawm

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Intervista sul nuovo secolo*

© 1999: Gios, Laterza & Figli  
© 2000 del prólogo: Josep Fontana

© de la traducción, Gonzalo Pontón, 2000

© Editorial Planeta S. A., 2016  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9892-946-1  
Depósito legal: B. 5794 - 2016  
2016. Impreso y encuadernado en España por Book Print

# 1. GUERRA Y PAZ

*P. El «corto» siglo xx termina con una guerra, exactamente como comenzó, con la catástrofe de la primera guerra mundial. De nuevo arden los Balcanes. Como si el tiempo no hubiese transcurrido, la explosión de la cuestión nacional vuelve a poner a prueba la potencia de los imperios.*

*¿Es que la historia se repite? ¿Cómo hemos llegado, desde el final de la guerra fría, al regreso de la guerra caliente? ¿Cómo es posible que el mundo tenga hoy más refugiados que nunca desde el fin de la segunda guerra mundial?*

**R.** Es cierto; en determinados aspectos la guerra de los Balcanes es una guerra de rasgos antiguos. Es la continuación de las guerras balcánicas o, más en general, de las guerras producidas por el sistema internacional de las potencias del siglo xx, o incluso antes del siglo xix. La guerra en los Balcanes es, si se quiere, la última consecuencia, el último producto colateral de la Gran Guerra. Aquel conflicto vio el colapso de los imperios multinacionales preburgueses. El fin de los imperios de los Habsburgo y otomano creó el mapa nacionalista de la Europa sudoriental. En cambio, la Revolución de Octubre conservó la unidad de lo que ha-

bía sido el imperio de los zares. Hoy, desaparecido el régimen soviético, asistimos a consecuencias análogas en esa zona del mundo.

Sin embargo, en mi opinión, es más importante analizar la naturaleza general de la guerra y de la paz para entender cómo han cambiado ambas a fines del siglo xx. El carácter general de la guerra es un problema más importante que las razones específicas que la determinan.

Por ejemplo, es más importante que preguntarse si se ha tratado o no de una guerra justa. Esta cuestión se nos planteó crudamente como un problema enorme y urgente cuando la guerra se enconaba, en la primavera de 1999. Pero los historiadores del futuro, cuando la estudien, estarán mucho más interesados en otras preguntas, que son las que definirán los rasgos distintivos de este fin de siglo y darán indicaciones sobre el siglo que se inicia.

Así pues, lo que más me interesa comprender es lo siguiente: ¿cómo ha cambiado la guerra? En el doble sentido, político y tecnológico. Me hago, así, tres preguntas a las que me propongo dar otras tantas respuestas.

Primera: ¿es todavía posible una guerra entre las grandes potencias mundiales? La respuesta es no, mientras los Estados Unidos sigan siendo la única superpotencia. Es posible que, más pronto o más tarde, China alcance el nivel militar de los estadounidenses para poder rivalizar efectivamente con ellos. No me interesa aquí discutir si eso sucederá o no. Pero lo que me parece cierto es que, hasta que no se produzca, no es probable que estalle una nueva guerra mundial.

Segunda: ¿es posible una guerra nuclear? Por una parte, la escasa probabilidad de una guerra mundial hace también improbable una guerra nuclear. Pero, técnicamente hablando, el uso de armas nucleares en una guerra es, en mi opi-

nión, posible y no improbable, porque la tecnología ha hecho que esas armas sean cada vez más fáciles de producir y, en consecuencia, de disponer de ellas y de transportarlas rápidamente. Con lo que excluir el riesgo de una guerra mundial no quiere decir eliminar el riesgo de guerras en las que puedan utilizarse armas nucleares.

Tercera: ¿son posibles las guerras entre estados, al viejo estilo, a las que estamos más habituados? La respuesta es que nunca han dejado de producirse. Excepción hecha de las regiones del mundo en que las dos grandes superpotencias se enfrentaban directamente y estaban por lo tanto muy atentas para evitar el riesgo de una catástrofe nuclear, hemos visto conflictos en Asia meridional, entre la India y Pakistán, ha habido guerras en el Oriente Próximo, entre Irán e Irak. Es decir, que las guerras han continuado incluso en el período de la pesadilla nuclear.

Las posibilidades de que sigan estallando son, pues, altas. Ciertamente hay zonas del mundo en que eso parece bastante improbable. Por ejemplo, tendemos a olvidar fácilmente que ha habido regiones, como América Latina, en las que nunca, en el siglo xx, un ejército enemigo ha cruzado la frontera de otro estado, con la sola excepción de la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay (1932-1935). Ha habido, eso sí, grandes masacres y guerras civiles, pero no guerra abierta entre los estados. ¿Hasta qué punto sucederá lo mismo en la Europa del siglo xxi? No lo sabemos. En cualquier caso, no se puede dar por excluido este tipo de guerras en el mundo del futuro. Y, sin embargo, tal vez ya no serán tan importantes como lo han sido durante el siglo xx.

P. *Pero, entonces, ¿cuál ha sido la novedad de la guerra en los Balcanes?*

R. Yo creo que la novedad de la situación que se ha creado en los Balcanes es que la línea divisoria entre conflictos internos y conflictos internacionales ha desaparecido o tiende a desaparecer. Y eso quiere decir que la diferencia entre guerra y paz, estado de guerra y estado de paz, también se ha difuminado.

La situación yugoslava es un ejemplo típico de lo que digo. Por una parte, nace de una tensión que los serbios consideran como asunto interno; pero, por otra, ha existido una intervención exterior. Durante todo el siglo XIX y hasta el fin de la guerra fría, hubiera sido imposible ver ejércitos extranjeros atravesando fronteras para resolver el conflicto interno de un estado. Incluso ha llegado a suceder que una de las dos partes en conflicto se negara a reconocer la existencia misma de un estado de guerra. Parece imposible negar que bombardear otro estado no sea una acción de guerra; y, sin embargo, la guerra no fue declarada oficialmente, y por ello ha habido quien haya podido sostener la inexistencia de un estado de guerra. Esta es la preocupante novedad de la situación.

Nos hallamos claramente ante una consecuencia del fin de la guerra fría. Durante ese período, la estabilidad relativa del mundo se basaba en la regla áurea del sistema internacional: nadie atravesaba las fronteras de otro estado soberano porque su efecto hubiera sido la ruptura del equilibrio. Sin embargo, al terminar la guerra fría, hemos asistido al fin de esta autolimitación. África central, Yugoslavia, Kosovo, Irak: no está claro si se ha tratado de guerras o no. El hecho mismo de las largas discusiones mantenidas sobre si eran justas o injustas es otro modo de expresar nuestra

perplejidad, nuestro estupor ante un fenómeno totalmente nuevo.

Norberto Bobbio dice con bastante lógica: yo ni siquiera deseo plantearme ese problema, porque la verdadera pregunta es si la guerra de Kosovo ha sido una guerra legal según las reglas del pasado. La respuesta es no. Las viejas reglas de la guerra y de la paz, que distinguían los conflictos internos de los internacionales, han sido vulneradas y no me parece en modo alguno que vayan a ser restauradas en breve plazo.

*P. Hay también diferencias en el modo en que se hace la guerra...*

*R. Sí, y son enormes. Algunas imprevistas, otras menos. La primera diferencia radica en el modo en que la alta tecnología ha transformado la guerra. Al principio todos temíamos que esa tecnología habría de provocar conflictos más sangrientos y desoladores. Pero, desde la guerra del Golfo, sabemos que la alta tecnología proporciona una capacidad de destrucción mucho más precisa y discriminatoria. Las bombas inteligentes pueden elegir objetivos concretos y evitar otros. Dejemos a un lado los accidentes técnicos y el riesgo del «fuego amigo». Esta novedad es importante: la alta tecnología resucita la distinción —desaparecida en el siglo xx, cuando las guerras se cebaron cada vez más sobre la población civil— entre combatientes y no combatientes. Eso ha permitido decir a la OTAN, durante la guerra de Kosovo: nuestro objetivo no es la población civil, sino sólo los militares y sus instalaciones. Es casi un retorno a las viejas reglas de la guerra. Por lo menos como principio. Pero, por*



otra parte, el progreso tecnológico permite un recurso más displicente, y más frecuente, a la destrucción. Quien se cree tan poderoso como para poder escoger con exactitud lo que quiere destruir, puede verse tentado más fácilmente a recurrir al bombardeo para resolver los problemas, como sucedió, por ejemplo, en el caso de Irak. En este sentido, la alta tecnología incrementa el riesgo de conflictos armados, por lo menos en lo que se refiere a las naciones que disponen de ella. Además, subvalora los riesgos de lo que se llama eufemísticamente «daños colaterales». Y no me refiero a la gente que muere por error, sino a los enormes daños que se causan en las infraestructuras sobre las que una comunidad vive y produce. Como no existe el riesgo de matar a demasiados seres humanos se puede pensar: pues bien, ésa es una forma más civilizada de hacer la guerra. Pero existen estimaciones según las cuales la economía serbia sufrió, en pocas semanas, mayores destrucciones de cuantas hubo de soportar durante toda la segunda guerra mundial. Y los efectos no recaen solamente sobre Serbia: la destrucción de los puentes sobre el Danubio, por ejemplo, afecta gravemente a la entera economía de una zona que va desde la Alemania meridional hasta más allá del mar Negro.

Finalmente, en el nivel inferior, el de los pueblos que no disponen de alta tecnología, se establece una enorme diferencia entre la guerra que llevan a cabo aviones que vuelan a quince mil metros de altura, que descargan bombas extraordinariamente sofisticadas, y lo que sucede a ras de tierra, donde la gente mata físicamente a otra gente, con machetes, con cuchillos, como pasó en África central. Este fenómeno fue evidente en el conflicto de Kosovo, donde se combatieron simultáneamente dos guerras diferentes, sin contactos entre la una y la otra.

En el pasado los guerrilleros iban armados con fusiles o ametralladoras, hoy en día disponen de lanzacohetes y armas antiáreas portátiles. Esta es otra herencia de la guerra fría, que inundó el mundo de complicados instrumentos de muerte. En el período en que no hubo guerras, la industria de armamentos siguió trabajando a toda potencia, como si se hubiera producido una movilización general. Obviamente el final de la guerra fría dejó disponible de repente un arsenal inmenso. Le pondré un ejemplo: la conclusión de la guerra civil en El Salvador arrojó de pronto al mercado cantidades ingentes de fusiles automáticos que se podían comprar en la frontera por 100 dólares y de allí se transportaban a Colombia, donde se revendían por 500. Un excelente negocio para mucha gente. Hoy el mundo está lleno de armas. Y eso crea una nueva situación en la que surgen grupos *free-lance* de la guerra. Gente no necesariamente ligada a un gobierno, pero en condiciones de combatir.

P. *Pero ahora se está usted refiriendo a guerras privadas y no ya a la guerra convencional.*

R. No es exacto, porque yo veo en todo esto la señal de otra innovación; es decir, la nueva relación que se va definiendo entre las guerras de los estados, o de movimientos organizados, y las guerras privadas dirigidas por particulares. Es una novedad potencialmente fundamental. En el siglo que se cierra, se daba por sentado, con algunas excepciones, que los conflictos armados eran cosa de los estados o de organizaciones cuasiestatales (los movimientos de la Resistencia en Italia o en Yugoslavia, el Congreso Nacional Africano, los movimientos de liberación nacional). No los

organizaban empresas privadas, como sucedía en Italia en la época de los *condottieri*. En Europa, hasta el siglo xvii, los estados alquilaban a los ejércitos. Por ejemplo, en la guerra de los Treinta Años, Wallenstein fue el último empresario que alquilaba su ejército a los estados en conflicto.

Hoy nos encontramos ante un retorno a la iniciativa privada en la guerra. Esto se ve muy claro en las zonas del mundo en las que los estados se desintegran, como en África, y donde las facciones en lucha e, incluso, los propios gobiernos utilizan a veces cuerpos de mercenarios.

A todo esto hay que añadir tendencias recientes que afectan a las guerras directamente vinculadas a los gobiernos y dirigidas por ellos, como la de eliminar el reclutamiento general, cosa que están haciendo países que hasta ahora habían basado su ejército en el servicio militar obligatorio. La tendencia general es la de echar mano de militares profesionales y de elevada cualificación.

Este proceso crea sin duda un margen para las actividades privadas. Aun en los países más adelantados existe hoy en día una zona gris en la que actúan juntos personal altamente especializado en funciones militares y empresas privadas que proporcionan servicios de protección y seguridad. En Gran Bretaña, frecuentemente, los militares que provienen de la jefatura de las fuerzas especiales de asalto, una vez han dejado el ejército, obtienen trabajos análogos en empresas que proporcionan a los gobiernos servicios técnicos y de consultoría en materia de guerra o de antiterrorismo.

Disponemos ya de numerosos estudios (por ejemplo, del Instituto de Estudios Estratégicos de Londres) de prospectiva sobre la utilización de fuerzas armadas privadas en las guerras venideras. Algunos piensan que no tienen mucho futuro, sobre todo por su poca fiabilidad. Pero, por otra parte, ya hemos podido observar, por ejemplo en la guerra del

Golfo, cómo se recurre en gran escala a la empresa privada para que se encargue de la logística de la guerra. Algo parecido a lo que ocurrió en la vida civil durante el período thatcheriano, cuando se contrataron con terceros servicios que antes suministraba directamente el gobierno. Creo que el armamento, los transportes, el aprovisionamiento, la vestimenta de las tropas, se contratarán cada vez más con empresas privadas.

*P. Ya es así en Macedonia, donde una empresa estadounidense colabora con las tropas de la OTAN y tiene a su cargo la logística.*

**R.** Exactamente. Es un fenómeno nuevo, respecto al siglo xx. Característico de una nueva era. Surge, en parte, de una relativa desintegración del poder de los estados en algunas zonas del mundo. Y resucita figuras que, de hecho, al menos en Europa, no existían desde los siglos xv y xvi: los «señores de la guerra». Gentes que consiguieron influir en los asuntos políticos porque disponían de un ejército privado propio.

Me viene a la mente la situación que se produjo en China, durante cincuenta años, tras el colapso del imperio y antes de la revolución, cuando no existía verdaderamente un gobierno, sino tan sólo el poder que proporcionaban los ejércitos de los «señores de la guerra». Algunos eran antiguos bandidos como, por ejemplo, Chan Tso Lin, que gobernó Manchuria y llegó a general. Me parece que la situación actual, esa combinación de guerra privada y guerra de los estados, puede recrear esa práctica en zonas de profunda desintegración estatal.

Además, este fenómeno se ve reforzado por un nuevo elemento: la extraordinaria riqueza de que hoy disponen los particulares. En efecto, determinados individuos o grandes corporaciones poseen tanto dinero como los estados mismos. En buena parte gracias a la magnitud que han alcanzado las actividades ilegales, como el tráfico de drogas y el contrabando. Por lo que sé, ningún gobierno en solitario ha financiado el ejército de liberación de Kosovo (UCK). Y no lo ha hecho, entre otras razones, porque creo que lo último que los gobiernos occidentales quisieran ver es el nacimiento de un Kosovo independiente. Ni tampoco creo que el gobierno albanés les haya ayudado de forma significativa, porque no me parece que se encuentre en condiciones de prestar ayuda financiera a nadie. Por tanto, lo que mantiene en pie a la UCK es, casi con toda certeza, la industria de tráfico ilegal de las mafias kosovar y albanesa, del mismo modo que sucede en Chechenia. No estoy diciendo que se trate de dinero utilizado para una causa injusta. Lo que sostengo es que grupos que, de otro modo, no habrían tenido ninguna notoriedad política, la consiguen con recursos de los que antes no disponían. Esto está clarísimo en Colombia, donde el gobierno ha perdido el control, en la práctica, de amplias zonas del país, porque las bandas que las dominan disponen de la financiación suficiente como para resistir y combatir. En este momento no son precisamente recursos lo que falta en el mundo.

En las guerras del futuro estas cuestiones serán, en mi opinión, cada vez más importantes. Y tal vez semejante fenómeno es también, en parte, una respuesta a su pregunta sobre el número de refugiados, excepcionalmente alto, que hay hoy en el mundo. Trescientos milicianos bien armados, que no estén controlados directamente por ningún estado o gobierno, pueden incursionar fácilmente en vastas zonas y

limpiarlas de «enemigos». Como hemos visto en Kosovo, no es que se necesiten muchos hombres para incendiar casas y aldeas, para provocar una desbandada de la población. Cuanto menos estructurados, estatales, son los conflictos armados, más peligrosos son para las poblaciones civiles.

Tengo un conocido que ha trabajado durante algunos años con las Naciones Unidas en Sudán, país atormentado por una larga guerra civil. Me ha explicado que, para tener acceso humanitario a las zonas del sur, al principio tenían que hablar con los dirigentes del movimiento de liberación. Después, el territorio que éstos controlaban se quebró en una serie de taifas gobernadas por generales, que decidían la suerte de los refugiados, y entonces la ONU debía negociar con cada uno de ellos para poder socorrerles.

*P. Menos mal que existe la televisión para mostrarnos el drama de los refugiados.*

R. En el cambio del carácter de la guerra ha sido decisivo, sin duda, el nuevo papel que ha asumido la opinión pública. O, como quizá se podría definir mejor, el «efecto CNN». Hoy disponemos inmediatamente de noticias sobre cuanto sucede.

También este es un fenómeno de la posguerra fría. En gran parte porque el control gubernativo y la censura sobre la información son mucho menores que antes, y tal vez incluso sean imposibles. No sucedía así durante la guerra del Vietnam, y todavía menos en los años inmediatamente posteriores a ella. El extraordinario poder de la televisión hace hoy imposible que los gobiernos manejen una crisis internacional en la forma que solían. Pero la televisión es

también un instrumento del que disponen para movilizar a la opinión pública con una rapidez incomparable respecto al pasado. Piense en todo el tiempo que fue necesario para transformar el hundimiento del *Lusitania* o el incidente del golfo de Tonkín en un *casus belli*. El efecto televisivo es, en cambio, inmediato, pero al mismo tiempo incontrolable.

Eso se ha podido comprobar perfectamente por el modo en que tanto Saddam como Milosevich permitieron a los equipos de la televisión de los países que estaban en guerra contra ellos que se quedaran y filmaran lo que ellos querían mostrar a la opinión pública occidental; mientras que en el pasado la reacción natural habría sido un estalinista bloqueo de las pantallas.

Este fenómeno tiene efectos muy importantes sobre la política de la guerra.

*P. Usted acaba de señalar los nuevos caracteres que la guerra tiende a asumir a fines del «siglo corto». Pero, entre éstos, está la aparición en escena del concepto de «guerra justa» o «ética». ¿Es correcto, en su opinión, que las democracias hagan la guerra a los dictadores en nombre de los derechos universales del hombre?*

*R. Sobre esto soy algo escéptico. No me parece que los gobiernos hagan las guerras porque sean justas o injustas. Tienden, eso sí, a legitimarlas, a buscar el apoyo popular sosteniendo que son justas. Es muy importante convencer a la opinión pública, es decisivo presentar la guerra de forma tal que la gente la considere legítima y justa. Pero es muy difícil encontrar en la historia ejemplos de gobiernos que*

hayan ido a la guerra por otras razones que no hayan sido sus propios intereses nacionales.

Hay, obviamente, excepciones. Una de ellas la constituyen los regímenes revolucionarios, es decir, los que proceden de una revolución, que quizá se hayan lanzado a la guerra por diversos motivos, morales o ideológicos, o de liberación nacional. Pero muy pronto también estos regímenes, apenas consiguen consolidarse, adoptan en política exterior actitudes propias de los estados, y actúan con miras a sus intereses nacionales.

A este propósito es bueno que recordemos que los Estados Unidos de América son, hasta cierto punto, un poder ideológico, que proviene, exactamente como la antigua Unión Soviética, de una revolución, y que por lo tanto sienten el imperativo de dirigir el mundo según sus propios principios, como parte esencial de su política exterior.

Esto puede ser muy peligroso. No tengo dudas de que los Estados Unidos deseen cambiar el mundo, y que la tutela de los derechos humanos forme parte de sus ambiciones. Pero a pesar de ello, no soy capaz de indicar un solo episodio en el que los Estados Unidos hayan ido a la guerra exclusivamente para hacer el bien, si es que no entraban también en juego importantes intereses nacionales.

Es cierto que hoy en día se habla sinceramente de la importancia de los derechos humanos, para ver hasta qué punto puede garantizarse su defensa con el recurso a la fuerza militar. Pero yo sigo en mis trece: que ni la OTAN ni los Estados Unidos han pensado realmente en ir a la guerra por razones enteramente éticas, de principio. En definitiva, ni siquiera la segunda guerra mundial fue librada por estos motivos. Naturalmente los Aliados estaban del lado de la razón, y su victoria salvó al mundo del nazismo, pero el hecho es que las democracias europeas y la Unión Soviética se



vieron arrastradas a la guerra por Hitler, y los Estados Unidos por el Japón.

*P. Usted vivió el antisemitismo en Alemania por sus orígenes judíos. Para usted el 30 de enero de 1933 no significa tan sólo la fecha en que Hitler fue nombrado canciller del Reichstag, sino que —así lo recuerda— «era un atardecer de invierno en Berlín, yo tenía quince años y regresaba a casa, a Halensee, con mi hermana más pequeña, desde la escuela que se encontraba en Wilmersdorf, y en algún lugar durante el trayecto alcancé a ver los titulares de un periódico. Aún los veo, casi como en un sueño».*

*¿Coincide usted con Elie Wiesel en que hay que parar el odio étnico recurriendo incluso a la fuerza antes de que pueda descargar sus golpes? ¿Cree que la limpieza étnica que ha hecho Milosevich constituye un delito de genocidio, o que pueda ser comparable al Holocausto?*

**R.** No me lo parece. «Genocidio» se ha convertido en un término utilizado con exceso y, por tanto, se ha depreciado; algo así como lo que ha sucedido con la palabra «fascismo». El genocidio es un proyecto de eliminación total de una etnia. De algún modo, es una extensión lógica, y extrema, de la limpieza étnica. Hoy van apareciendo informaciones que nos hacen pensar que la limpieza étnica que se realizó en Srebrenica se aproximó al genocidio. Sin embargo, existe una diferencia fundamental entre expulsar a un pueblo de su propia tierra, decirles «idos a cualquier otro sitio», obligarles a hacerlo por la fuerza, y practicar, en cambio, la eliminación total. Los nazis asesinaron a hombres, mujeres, viejos y niños judíos. En la limpieza étnica se deportan mu-

jeros, viejos y niños, y se seleccionan a los hombres en edad de combatir para hacerlos prisioneros o aniquilarlos. De ningún modo esto reduce la gravedad moral de la limpieza étnica, pero yo creo que debemos saber distinguir. La limpieza étnica es un fenómeno que se manifiesta según varios y diversos niveles de gravedad, y puede ser llevada hasta los extremos del genocidio. Es algo ya de por sí lo bastante horrible, no hay ninguna necesidad de empeorar su sentido identificándola con el genocidio.

La realidad es que, aunque a nadie le gusta decirlo en público, generales y políticos no dudan en afirmar, en privado, que con frecuencia, en la historia, la limpieza étnica sirve para simplificar los problemas. He aquí una razón más para mi escepticismo sobre las motivaciones morales de la guerra en Kosovo. Si los alemanes no hubieran sido expulsados de Eslovenia, ese país tal vez no sería hoy el lugar tranquilo y apacible que conocemos. Al final, el conflicto en Bosnia se resolvió y se terminó separando a las diversas poblaciones que lo habitaban en distintas zonas del país.

Personalmente creo que es un error aceptar esa situación, ni siquiera que se plantee como principio, ni que se debata en términos teóricos como una posible solución. Pero vivimos en un mundo muy violento, y eso sucede.

*P. Pero, entonces, si no fueron las instancias morales las que impulsaron a la OTAN, ¿cuál fue el interés que empujó a los países que la constituyen a bombardear Serbia?*

**R.** Para algunos países de la Alianza Atlántica el objetivo esencial fue no perder el contacto con los Estados Unidos. Es el caso de estados como Polonia que no tienen un inte-

rés específico en Kosovo, y que desde luego ni se les había pasado por la cabeza participar en una guerra al día siguiente de adherirse a la OTAN. Muchos otros países han tenido sus prioridades específicas, como Italia y Francia. Por lo que se refiere a Gran Bretaña sigue rigiéndose por el principio histórico de una política exterior que le impone alinearse al cien por cien con los Estados Unidos. Los países restantes practicaron no diré la hipocresía, porque hay gente que cree sinceramente en lo que dice, pero desde luego no tenían ninguna motivación seria para intervenir en la guerra.

Para los estadounidenses, en cambio, la guerra de Kosovo ha sido una cuestión más complicada. Al principio se interesaron en los Balcanes porque Europa había fracasado clamorosamente, al inicio de los años noventa, en el objetivo de estabilizar la zona. Los norteamericanos tuvieron que entrar en juego porque en aquel momento comprendieron que, como única superpotencia mundial, no podían quedarse fuera. Al menos una parte de los Balcanes es una zona estratégica, incluso geográficamente, demasiado importante para la estructura de la OTAN como para pensar en descuidarla. De hecho los norteamericanos fueron los primeros en enviar tropas a Macedonia, ya en 1992, y Bush declaró explícitamente a Yugoslavia su interés estratégico, que incluía la suerte de Kosovo. Y lo tuvieron que hacer por muchas razones, de las cuales no era la última la conciencia de que las Naciones Unidas, no siendo un poder independiente sino basado en la autoridad que le confieren las superpotencias, no habrían sabido afrontar y resolver la crisis bosnia.

Así pues, tras el fin de la guerra en Bosnia, los Estados Unidos se encontraron en una situación de la que no podían zafarse, pero en la que tampoco podían actuar solos, sin el apoyo de la Alianza. En mi opinión, vieron también la

crisis bosnia como una ocasión —cosa que aún no comprendo cabalmente— para conferir un nuevo papel a la OTAN, para reconstruir su función y su sentido tras el fin de la guerra fría.

Los Estados Unidos se consideran hoy la potencia a la que corresponde la responsabilidad de estabilizar el mundo, recurriendo, cuando es el caso, a operaciones de policía internacional. Es decir, deben poner de manifiesto su propio poder allí donde sea necesario para mantener sofrenados a los enemigos potenciales de la OTAN.

Por eso es por lo que creo que el futuro de la OTAN ha sido la verdadera razón de la intervención de la OTAN. No hay que olvidar que, cuando Clinton explicó los motivos por los cuales había decidido iniciar los bombardeos sobre Serbia, indicó en primer lugar la defensa de la credibilidad de la OTAN y, por tanto, de los Estados Unidos. No creo que la defendiera muy bien ni con excelentes resultados, pero está claro que la OTAN tenía que hacer algo. En todo caso, para resolver la crisis humanitaria había otras muchas formas posibles de actuar.

*P. Pero entonces, ¿qué es lo que se puede hacer para detener a un dictador que dispone a placer de su pueblo? ¿Hay que excluir a priori la intervención armada?*

R. Hay excepciones, naturalmente. Y Bosnia era, sin duda, uno de estos casos. Por otra parte, hay que seguir algunos criterios. Ha habido dos importantes casos de intervención militar que han conseguido poner fin a crímenes contra la humanidad y expulsar a dictadores sanguinarios. El primero fue la intervención militar de Vietnam en Camboya, para

derrocar el régimen de Pol Pot. Y el otro el de Tanzania en Uganda, gobernada por Idi Amin.

Creo que ambos casos estuvieron justificados. Pero la verdadera razón por la que no tengo reservas sobre estas dos guerras es que ambas se saldaron con éxito, fueron eficaces para conseguir su objetivo y se concluyeron en un lapso de tiempo relativamente breve. Una de las razones de mis reservas sobre la intervención en Kosovo es que no fue dirigida de esa forma, porque estaba claro desde buen principio que descargar algunas bombas sobre Serbia habría de empeorar y agravar la situación de los prófugos.

Debo añadir que, muchos años después de que el Vietnam hubiera puesto fin al régimen de Pol Pot, los Estados Unidos y China continuaron ayudando a las fuerzas del dictador; una muestra más, si cabe, de que la política de los estados y de las potencias no está determinada en primer lugar por consideraciones éticas.

Del mismo modo creo que la intervención humanitaria en Bosnia no fue concebida como tal. Y por tanto no fue eficiente. Anunciaron que querían proteger los enclaves musulmanes, pero no dispusieron las acciones que habrían podido garantizar ese objetivo.

Creo que precisamente a causa de las nuevas imbricaciones entre política interior y política internacional, la intervención en los asuntos internos de un estado debe responder a criterios y reglas bien definidos. Hay que abrir una discusión sobre este punto: ¿cuáles son las nuevas reglas del sistema internacional de las potencias? Hay que recuperar una situación en la que nadie pueda emprender una acción militar si no existe un consenso amplio y basado en razones graves. No puede funcionar un mundo en el que alguien dice: soy lo bastante fuerte para intervenir, luego intervengo.

*P. Los serbios han combatido en defensa de la soberanía del estado-nación. Los albaneses de Kosovo se han rebelado en nombre de su pertenencia étnica a otra nación. La globalización nos había anunciado el fin del estado-nación y, sin embargo, aquí está de nuevo, ahora más que nunca amparado por justificaciones étnicas o religiosas, que con frecuencia hunden sus raíces en la historia medieval. ¿Qué está pasando?*

R. Creo que debemos distinguir entre dos significados del término «estado-nación».

En el sentido tradicional significa un estado territorial, sobre el cual la gente que lo habita, la nación, tiene alguna soberanía política. Este es el sentido del estado-nación tal como salió de la Revolución francesa y, en parte, de la Revolución de los Estados Unidos. No es una definición del estado en un sentido étnico o lingüístico, sino político: el pueblo que elige su gobierno y decide vivir bajo una determinada Constitución y unas leyes concretas.

El otro significado que ha adquirido el término es, en comparación, mucho más reciente, y consiste en la idea de que cada estado territorial pertenece a un pueblo determinado, caracterizado por peculiaridades étnicas, lingüísticas y culturales, y que eso es lo que constituye la nación. De acuerdo con esta idea, en un estado-nación existe una sola nación, siendo los otros, en cambio, minorías que viven en el mismo lugar, pero del que no forman parte.

Hay una crisis en ambos tipos de estado-nación. Pero debemos saberlos distinguir.

En Yugoslavia nos encontramos frente al colapso de un estado en el que diversas naciones, en sentido étnico, vivían juntas y su transformación en una serie de estados, cada uno

de los cuales persigue excluir de la ciudadanía a las otras naciones.

En mi opinión hay en realidad pocos indicios de una presión desde abajo, desde las masas, para conseguir la desintegración de los estados multinacionales, al menos en circunstancias normales. Recientemente hemos podido comprobarlo en los casos de Escocia y de Gales. Ambos pueblos, escoceses y galeses, tienen muy claro el hecho de que no son ingleses, y ni siquiera toleran que se les defina como a tales; pero incluso hoy en día, cuando se han consolidado en los dos países fuertes movimientos nacionalistas e incluso separatistas, éstos son minoría. Hasta ahora, con los hechos en la mano, no conozco ni un solo caso de secesión decidida por un voto auténticamente democrático. No estoy diciendo que sea imposible, sino que, pese a todos los grandes debates sobre el principio de autodeterminación de los pueblos, en la realidad eso no ha sucedido nunca, ni se ha hecho patente un auténtico impulso desde abajo.

Naturalmente, una vez que, por cualquier razón histórica, la separación ya se ha producido en los hechos es fácil encontrar una mayoría favorable y con frecuencia incluso una amplia mayoría. Una vez que los estados multinacionales se cuartejan, se desintegran, entonces —y sólo entonces— las comunidades territoriales se ven forzadas a establecer nuevos vínculos y a elegir nuevas lealtades.

Yugoslavia es un ejemplo perfecto de lo que digo. Era un estado multinacional, y en mi opinión no había ninguna razón seria para pensar que saltaría en pedazos por el empuje político de sus naciones; no más de las que se podían esperar para que la Unión Soviética estallara a causa de la presión interna de sus nacionalidades. Ni siquiera en el imperio de los Habsburgo antes de la primera guerra mundial,

que sin embargo tenía graves problemas nacionales, existía de verdad el peligro de que saltase por los aires, por lo menos no hasta el estallido de la guerra misma. Como máximo podría decirse que en un par de naciones del imperio existían tensiones irredentistas: las minorías italianas o rumanas, por ejemplo, excitadas por su proximidad geográfica con los estados a los que pertenecía su nacionalidad. La verdad es que cuando, por cualquier razón histórica, estos imperios desaparecen, las nacionalidades se ven obligadas a buscar soluciones alternativas, casi a encontrar una justificación para lo que ha sucedido.

*P. ¿Cómo se inventa la historia con fines nacionalistas para construir un consenso en torno a un régimen? ¿Puede ponernos algún ejemplo? ¿Cómo es posible que una derrota militar del siglo XIV se transforme en el mito fundacional del nuevo nacionalismo serbio seis siglos más tarde? ¿Qué es lo que impulsa a ciudadanos europeos del siglo XXI a emparejar la actualidad con la cronología de acontecimientos de otra época?*

R. Los mitos nacionales constituyen otro problema en el que hay que saber distinguir entre lo que llega desde abajo y lo que se impone desde arriba.

Esos mitos no surgen espontáneamente de la existencia real de la gente, son más bien algo que la gente aprende de alguien: de los libros, de los historiadores, de las películas; hoy en día de los que hacen televisión. En general no forman parte de la memoria histórica ni de una tradición viva, excepto en circunstancias especiales, que se dan cuando, lo que un día se convertirá en mito nacional, nace de la reli-



gión. Es el caso de los judíos, para quienes la idea de la expulsión de la tierra de Israel y de su seguro retorno a ella forma parte de la práctica y de la literatura religiosas. Hasta cierto punto, esto es también así para los serbios, porque la pérdida del estado serbio en la Edad Media comenzó a formar parte de la liturgia de la Iglesia ortodoxa y casi todos los príncipes serbios se convirtieron en emblemas de la fe ortodoxa. Un caso especial. Pero incluso aquí no se trata de algo que el pueblo recuerde espontáneamente: lo recuerda sólo porque hay alguien que se lo recuerda de forma constante.

*P. Pero entonces, ¿de dónde procede, cómo nace un mito nacional, y cómo se le transforma en una justificación del nacionalismo?*

R. El ejemplo extremo que conozco y que ilustra óptimamente este proceso es el caso de Israel. No hay duda de que el mito histórico de la expulsión de Palestina, y el ideal del retorno, no fue concebido como un programa político al menos hasta el final del siglo XIX. La verdad es que se formó con independencia del devenir histórico del pueblo hebreo.

Durante siglos, dado que los judíos creían que no podrían regresar a Jerusalén hasta que no llegase el Mesías, y al mismo tiempo creían —y creen— que el Mesías aún no ha llegado, el retorno a Israel no fue un objetivo político práctico. En realidad sólo a partir de 1967, y por primera vez, se manifestó en el seno de la religión judía una tendencia a aceptar el estado de Israel sobre la base de que las victorias conseguidas en las guerras de los años sesenta eran tan mi-

lagrosas que verdaderamente apuntaban a la llegada del Mesías. Es la peripecia casual de la historia lo que hizo posible, para la fe ortodoxa, aceptar algo que, hasta entonces, rechazaba de pleno, porque tradicionalmente el sionismo ha estado enfrentado con la ortodoxia religiosa hebrea.

Pero el caso es que hoy Israel existe. E Israel, al igual que el sionismo, no tiene ninguna cimentación histórica. Es más, se trata de algo que va contra la historia entera del pueblo judío, desde el Imperio romano hasta finales del siglo XIX. La única historia que Israel puede utilizar para justificarse a sí misma se remonta a dos mil años atrás. Todo lo que ha sucedido desde entonces se pone entre paréntesis, porque no justifica la fundación de Israel ni las guerras de ese estado. El descubrimiento del Templo en Jerusalén fue transformado en un hecho político moderno para sostener que esa ciudad había sido siempre el centro de la religión judía y por lo tanto era la capital del pueblo judío. (Diré de paso que hablar de capitales en un período anterior al Imperio romano tiene poco sentido, pero esta es otra cuestión.) Los judíos utilizaron el acontecimiento para justificar no sólo la fundación de su estado, sino también el tratamiento de capital que dieron a Jerusalén. Un argumento parecido es el que han utilizado los serbios en Kosovo. De este modo, se justifica una situación política de hoy con un acontecimiento histórico que no tiene nada que ver con el presente, pero que era cierto hace seis siglos o hace dos mil años; y que se utiliza como un sustituto de todo lo que ha sucedido en el ínterin. Se reconstruye, así, una historia lo suficientemente heroica y militante, ya se adapte al Israel de 1945 o a la Serbia de hoy. El mejor ejemplo lo encontramos en lo que se ha convertido en una especie de ritual o ceremonia histórica en torno a la roca de Masada.

Masada, al decir de los arqueólogos nacionalistas, era el

lugar en el que 900 judíos resistieron a los romanos hasta el fin, hasta llegar al suicidio colectivo. Este acontecimiento fue transformado en un rito nacional en el que todos los jóvenes israelíes deben tomar parte, en un lugar al que se lleva a todos los turistas extranjeros. Semejante proceso se ha construido en gran parte arrinconando todos los demás aspectos de la historia que no se adaptaban al objetivo nacionalista. Israel es sólo un ejemplo, pero un excelente ejemplo, porque la arqueología israelí, que al principio estuvo muy politizada, se desentendió deliberadamente de casi todos los demás elementos de la arqueología local para concentrarse en lo que justificaba la fundación de una ideología nacional y patriótica.

Pero lo mismo sucede en Grecia. Cuando Grecia conquistó la independencia, Atenas no era en absoluto su capital. En realidad, no había sido nunca la capital de Grecia, había sido sólo una ciudad muy importante en la antigüedad clásica. Pero se la escogió como capital por quienes, como en el caso de Israel, tenían necesidad de remontarse a alguna gloria pasada, con pocas conexiones con la realidad histórica. Atenas, por otra parte, estaba habitada por un 50 por 100 de albaneses. Se convirtió en aquello que debía convertirse cuando el nuevo rey, bávaro por otra parte, la reconstruyó en un estilo arquitectónico neoclásico, de suerte que empezara a parecerse a lo que se fingía que había sido siempre: la capital de la Grecia unida.

En resumen, se rediseña el pasado, de forma parecida a lo que se hace en la alta costura, para vestir bien un objetivo político determinado, de tal forma que se le haga aparecer como aquello que se quiere que sea.

P. *Pero ¿por qué esas mistificaciones ejercen una influencia y una fascinación tan fuertes sobre los pueblos?*

R. Es difícil de decir. Creo que en parte es porque al final las elites, las minorías cultas que gobiernan, consiguen imponer su versión de la historia y de la literatura sobre el resto del pueblo. Por otra parte, la idea de que la Grecia moderna sea la heredera de la antigua Atenas y de Pericles es algo que a ningún griego, en la época de la independencia, se le pasaba por la cabeza. Los griegos no participaron en los combates para restaurar la antigüedad clásica, sino más probablemente porque consideraban que combatían en defensa de la religión ortodoxa contra los turcos, por el Imperio bizantino contra quien lo había derrotado. Bizancio y la religión ortodoxa: éstas eran las tradiciones verdaderamente vivas en Grecia. Y naturalmente, cuando se crea un nuevo estado, con un nuevo sistema educativo —en el caso de Grecia, se intentó incluso dar vida a una nueva lengua literaria más próxima al griego clásico—, más pronto o más tarde la gente aprende, y, hasta cierto punto, esa reconstrucción de la historia ejerce su influencia sobre ella.

Hay, luego, un elemento más potente que tiene valor general y no sólo para la construcción de nuevos estados. Y es que, especialmente en la última parte del siglo xx, en una época de cambios e inseguridad constante, el temor de que el mañana no sea igual al ayer, la necesidad de valores permanentes, de rasgos «fundamentales», adquiere una gran importancia psicológica, y no sólo para los individuos sino también, e incluso más, para la comunidad. Pensemos en el surgimiento, aun en zonas donde no es posible vivir aislados —por ejemplo en los Estados Unidos, donde llegan constantemente oleadas de gentes nuevas que se instalan allí—, de un afán de prioridad, del deseo de decir: estamos aquí,

esta es nuestra tierra, los otros llegaron después, nosotros somos los que siempre hemos estado aquí.

Es una especie de versión secular de la eternidad. Me acuerdo ahora del singular caso de los movimientos políticos de los indios de América. La convicción común entre los estudiosos de la prehistoria es que el género humano alcanzó América a través del nordeste de Asia, el Pacífico, Alaska, y después colonizó el continente de forma gradual. Relativamente bastante tarde, hace menos de cien mil años. Para los militantes del movimiento de los nativos americanos esta teoría es totalmente inaceptable, porque los hace demasiado jóvenes. Y de este modo nos encontramos con una propaganda que afirma: no nos interesa lo que diga la prehistoria, nosotros siempre hemos estado aquí, estábamos aquí antes que nadie. Y el absurdo mismo de esa reivindicación me indica que debe ejercer una fascinación emocional muy intensa y auténtica. En especial entre gente que no puede tener ninguna seguridad, por otros motivos, de ser única, ni de poder permanecer para siempre donde siempre ha estado, porque está sujeta a un mestizaje constante y destinada a desplazarse a lo largo y ancho del mundo.

Por alguna razón, desde el punto de vista de la psicología social, es ventajoso poder presumir de cierta edad. Ese es el motivo por el cual el nacionalismo, aunque sea un fenómeno muy joven, reivindica invariablemente que es muy antiguo. Porque una edad venerable satisface esa necesidad de valores permanentes y de sentido de la prioridad. Es, por tanto, un fenómeno muy complejo; para explicarlo debemos proceder por aproximaciones, y es imposible ofrecer respuestas unívocas y convincentes.